

JESÚS MAESO DE LA TORRE

TEODORA,
LA CRISÁLIDA DE
BIZANCIO



En una calurosa mañana de junio del año del Señor de 548, riadas de personas de toda clase y condición se agolpan en las calles de Constantinopla al paso del cortejo fúnebre de la todopoderosa emperatriz Teodora, esposa del emperador Justiniano.

La lloran con auténticas congoja y devoción sobre todo las gentes de extracción humilde, pues a Teodora, hija del domador de osos del hipódromo y actriz y prostituta en su primera juventud, la consideraron siempre una de las suyas. Pero la llora sobre todo Nasica el Hispano, el eunuco más poderoso de la corte. El fiel Nasica, que la ha acompañado durante toda su azarosa vida, y que decidirá escribir de su propia pluma la verdadera historia de Teodora para conjurar las difamaciones y calumnias, y dar fe, en primera persona, de que jamás se había visto ni se volvería a ver a ver ni en el antiguo ni en el nuevo Imperio Romano una mujer tan inteligente, seductora y de tan generoso corazón, pero implacable y enérgica cuando la razón de estado lo requería.

La emperatriz Teodora fue la mujer más poderosa del mundo conocido. Esta es su historia de la mano de uno de los grandes maestros de la novela histórica: Jesús Maeso de la Torre.

La crisálida es la ninfa de una larva que experimenta una espectacular metamorfosis de capullo a imago y luego a mariposa. Permanece oculta en su sedosa envoltura hasta estallar a la vida con unas admirables alas doradas. Se denomina así al derivarse del griego *krysalis*, que puede traducirse como «de oro».

En su estado de inactividad aparente, representa en la naturaleza la victoria perfecta de un ser vivo. Tan bellas como frágiles, las crisálidas nos dan un ejemplo de superación, belleza y coherencia dentro del mundo natural. Parecen estar exánimes, pero en ellas se están originando cambios milagrosos. Confinada en su capullo, espera hasta transformarse en una criatura asombrosa y fascinadora.

PROEMIO

CONSTANTINOPLA, CAPITAL DEL IMPERIO RO-
MANO
JUNIO DEL AÑO DEL SEÑOR DE 548

Veintiuno del reinado del emperador Justiniano

I

El pueblo de Constantinopla madrugó para presenciar el entierro.

Abandonó sus lechos y yacijas y, a través de las desiertas calzadas y plazas de la Nueva Roma, flanquearon en silencio la iglesia de los Santos Apóstoles, donde serían inhumados los restos de la fallecida emperatriz Teodora, la augusta, la actriz erótica, la arribista, la hereje, la hija del domador de osos, que había sometido al flemático emperador Justiniano y gobernado a su antojo el Imperio romano.

Al amanecer había caído una copiosa rociada que lamía los tejados del palacio imperial de Constantinopla, y la luna, apenas un garabato en el horizonte, emitía una luz rasante y azulada.

Uniéndose al luctuoso ritual, celajes grises nublaban el faro Gálata, la Propóntide, Santa Sofía y las orillas azules del Cuerno de Oro, que olían a tierra mojada. Y con la amanecida, flotaban en el aire finísimas gotas de una neblina que colgaba a baja altura. No hacía frío y un brillo dorado iluminaba el cortejo fúnebre de la emperatriz muerta. Guardias palatinos portaban las andas que habían sido expuestas durante dos días en la Sala Dorada del Criotriclino para el homenaje del pueblo.

Al compás de los timbales y de las tubas, la comitiva bordeó la avenida de la Mesê y el foro de Teodosio y se dirigió lentamente al Panteón Imperial, que se erigía frente a la gran muralla de Constantino. En el acueducto de Valente, la plebe, los braceros del puerto, las prostitutas de la puerta Áurea, las ancianas y mozalbetes, alzaban las

cabezas como gorriones para contemplar el ataúd. La aclamaban sin cesar, porque era una de los suyos, había dejado una huella imborrable y la habían amado.

—¡*Kyria*, Señora, bendícenos! —gritaban—. ¡Augusta, que Dios te acoja!

En los carruajes viajaban el *basileus* Justiniano, ataviado de negro riguroso y con el cetro de los césares en la mano, los príncipes y herederos y los miembros del Gran Consejo, luciendo las purpúreas togas *trabeatas*. Tras él formaba un regimiento con los estandartes imperiales, precedidos por el custodio de las leyes o *monofilax*, el estratega o general en jefe del Imperio, patricios, teólogos, cortesanos y los eunucos *cubicularii*, los más cercanos a la familia, que poseían gran poder en la corte.

Alcanzaron la grandiosa iglesia de las Cinco Cúpulas, en cuyo atrio los atendía el *sinceles*, el gran patriarca de Bizancio, Menas. Con su aspecto de profeta bíblico, iba ataviado con los indumentos sacros y estaba rodeado por una cohorte de obispos y jerarcas eclesiásticos. Menas saludó como era preceptivo a Justiniano:

—*Ho Helios Basileuei!* ¡El emperador es el sol!

—¡El sol reina en la Nueva Roma! —contestaron los guardias palatinos.

Más de doscientos cortesanos completaban la procesión fúnebre y más de un centenar de monjes recitaban responsos de difuntos a ambos lados del ataúd. La guardia palatina, los protectores o *excubitores*, ataviados con yelmos emplumados negros y armaduras doradas, portaba los sagrados *vexilla*, los lábaros de las legendarias legiones romanas de Augusto, Trajano, Adriano, Marco Aurelio y Constantino. El féretro de la reina, fabricado en abedul y cobre, se había cubierto con un manto púrpura, el color imperial, y adornado con perlas blancas, el signo del luto regio.

En el templo reinaba la paz. Solo se escuchaba el rumor de las preces y el tintineo de los incensarios, que se

mezclaban con el marcial paso de la guardia de honor. Las oriflamas de raso al viento y el llanto de la concurrencia resonaban como un bisbiseo de fondo, entre el rasgueo de los mantos arrastrándose por el pavimento.

Sonó como un clarín la recitación de los méritos de la emperatriz proclamados por el barbado Menas y todos asintieron y rezaron. Había sido una mujer excepcional, amada por casi todos y odiada por unos pocos. Justiniano, el Elegido de Dios, su doliente viudo, sollozaba. Para los romanos de Oriente, el emperador significaba el orden celeste en la tierra, que además disponía de sus vidas. Y por eso lo veneraban.

El patriarca recibió el cadáver de rodillas. Solemne-mente lo asperjó con agua bendita, recitó el *Dum veneris* y lo ofreció a los venerables enterradores encargados de sepultar a los muertos imperiales. Su voz tonante resonó cascada:

—¡Teodora, Dios reclama el instrumento de tu salvación: tu cuerpo mortal!

Abrieron el portón del mausoleo y, en medio de un silencio religioso, fue depositado en un sepulcro de alabastro de Hierápolis, bajo la gran cúpula gallonada del Apostoleion, como llamaba el pueblo a la basílica apostólica. Alzada por Constantino en la cuarta colina de la capital, estaba embellecida con pórticos de serpentina, ahora llenos de un público taciturno, lloroso y devoto, que había acudido en masa.

—¡Emperatriz Teodora, ingresas donde la muerte no tiene dominio! —clamó.

La estancia oval estaba repleta de pebeteros de oro que exhalaban incienso de Arabia. De allí partían unas escaleras de pórvido que lo comunicaban con la mansión subterránea de los Muertos Coronados, la cripta real, tan profunda como un aljibe seco. Los patricios aguardaron sin moverse, hasta que, pasado un rato de espera, aparecieron en el dintel los monjes, que clausuraron la puerta.

Teodora descansaría allí hasta el día del juicio final.

El sepelio era especialmente triste para uno de los presentes: Flavio Nasica, el eunuco Sakalión de la corte, el encargado del vestuario, ecónomo y escribano de la emperatriz. Un perfume dulzón a sándalo y azucenas oreaba la atmósfera, y lo aspiró para mitigar su ansiedad. El funeral le resultaba de una emotividad conmovedora. Emasculado siendo niño cerca de Cartago, el veleidoso destino lo había traído a la capital del Imperio.

Nasica, llamado también el Hispano por su nacimiento en Gades, vestía de forma elegante y no presentaba la acumulación de grasa ni la voz aflautada de los otros eunucos de palacio, tal vez por haber sido castrado por un experto chamán garamanta del desierto de Libia.

Bien formado, de manifiesta femineidad, mediana estatura, barbilampiño, corta pelambre gris plateada, ojos grandes y avellanados, nariz respingona y rostro moreno y agraciado, lo hacían el blanco de las miradas y apetencias de los efebos de Constantinopla, y también de las damas del palacio de Sigma.

Amigo íntimo de Teodora, casi un hermano, Nasica había sido durante treinta años el paño de lágrimas de la emperatriz, su cómplice, confidente y protector. Pero sus verdaderos talentos consistían en poseer una capacidad natural para tocar la lira y declamar los poemas de Píndaro, Safo, Lucrecio y Virgilio. Eran también proverbiales su encanto innato, ser conciliador de opuestos y persona de fiar.

Castrado y esclavo, había vivido con Teodora sus más penosos avatares, y también sus triunfos. Gozaba de una alta condición en palacio, de la confianza del mismísimo emperador, y disfrutaba de más influencia que muchos senadores. El medio hombre sin testículos y sin verga, que frisaba los cincuenta y tantos años, no podía creer que su adorada Krysalis, como la llamaba su círculo más íntimo,

hubiera muerto tras no poder superar el virulento tumor que le había abrasado el pecho y el vientre.

Flavio Nasica solo podía hacer la más elemental de las necesidades masculinas a través de una cánula de plata que llevaba prendida sempiternamente en su cinturón, aunque al principio había utilizado una vulgar caña.

Moriría virgen. Pertenecía a la poderosa fraternidad de los eunucos de palacio y por ser inmune a la lujuria, por la forma reservada de conducirse en sus asuntos y no tener familiares a los que favorecer, se había hecho acreedor de la confianza plena de sus señores, que le encomendaron misiones eminentes de Estado.

Solo poseía una afición desmedida: mantener un esmerado guardarropa personal que era la envidia de la corte y acrecentar una abastecida colección de papiros y libros escritos en todas las lenguas. No padecía la bajeza de la histeria, tan común en otros castrados, y los chismes de palacio no le interesaban. Eso sí, había desarrollado un instinto sutilmente femenino para detectar la perfidia en los que le rodeaban.

Hacía rato que no prestaba atención a la ceremonia y se agitaba en su particular melancolía. Cuanto lo rodeaba le resultaba indiferente. Teodora había cumplido los cuarenta y ocho años, dejándolo desamparado en una jaula dorada, que era una selva de envidias ocultas. Temía una vejez expuesta sin el amparo de la que consideraba su hermana, amiga y madre. La vida lo había entrenado para sobreponerse a cualquier pesar, pero estaba preocupado por su futuro.

La sumisión era inseparable a su condición de eunuco y no debía mostrar ningún sentimiento en público, pero su alma había caído en un vacío helado y le pesaban los párpados de tanto llorar. Pero no había vuelta atrás. Conviviría con su recuerdo.

El castrado, en su desolación, volvió la mirada hacia el abatido Justiniano, soberano del Imperio y hombre reple-

to de rarezas e inseguridades. De sombrío espíritu, se había enamorado perdidamente de Teodora siendo aún príncipe, a pesar de poseer medio centenar de pretendientes de las familias patricias del Imperio. Siempre buscó la compañía de la eficaz y hermosa Teodora, que alegraba su cansado corazón.

Los acontecimientos de los últimos días pasaron por su mente como imágenes desordenadas e inconexas. El mundo se había convertido en un lugar incompleto para él. Se hallaba sobrepasado por pérdida tan desmedida, cuya alquimia solo conocen los que han estado cerca en la agonía de un ser muy querido.

El sonido de las campanas de la basílica lo devolvió a la realidad, hiriendo sus oídos. Centenares de súbditos, con las cabezas inclinadas y los gorros en las manos, habían cumplido con la despedida del ataúd de Teodora y regresaban a sus casas, al son de las cajas destempladas de los soldados y de sus sordos timbales.

El rito le había parecido a Nasica agotador y una última lágrima resbaló por sus pómulos. Era mediodía y un sol anaranjado colmaba de calidez el aire de Bizancio.

En aquel preciso momento, el eunuco volvió su rostro hacia el público.

Imprevistamente, un mozalbete, saltándose el riguroso protocolo, había salido como un meteoro de entre la muchedumbre, sorteando a la guardia que formaba una fila protectora. Con rapidez se dirigió directo hacia él, blandiendo una bolsa de cuero. Cuando estuvo a la altura de Nasica, y sin pronunciar palabra, se la soltó en las manos. El sorprendido eunuco no tuvo más remedio que cogerla. Y como había surgido, el chiquillo desapareció entre la multitud antes de que lo detuvieran los escoltas.

El emperador y la totalidad de los palatinos había observado atentamente la insólita escena, instantes antes de dirigirse a los carruajes. Semejante conducta les había parecido turbadora e incomprensible. ¿Qué significaba tal

ofensa en momento tan luctuoso? El jovenzuelo se había comportado con osadía, y pensaron que habría aceptado el encargo de hacer visible la entrega por unas monedas, pues sus ropajes y aspecto eran los de un vulgar ladronzuelo.

Flavio Nasica, estupefacto, ojeó la bolsa y vio que contenía cuatro rollos escritos. Una mirada de asombro dirigida al emperador le bastó para comprobar la inmensa sorpresa y desconfianza de su augusta majestad. El emasculado encogió los hombros desconcertado, sin saber qué hacer. Era ajeno a maniobra tan inoportuna.

No obstante, el enigmático remitente había sembrado la alarma. ¿Era eso lo que pretendía el anónimo ejecutor? Al parecer se había asegurado de que llegara al destinatario apropiado, que lo vieran todos los palaciegos –y sobre todo el emperador– y que se convirtiera en un incomprensible misterio y la anécdota del sepelio. El castrado pensó que no debería tratarse de cosa baladí, y le produjo un escalofrío. En época de desconfianzas, habladurías y perfidias cortesanas, semejante suceso constituía por sí solo un signo de alto riesgo.

Su mente se quedó en blanco y su rostro demacrado como la cera. Se acomodó en su palanquín y cogió el primero de los rollos de papiro, el que estaba marcado con el número I. Leyó el título y resultó, como sospechaba, un estrépito para la paz del Imperio: *La historia secreta de Teodora y Justiniano*. ¿Secreta? ¿Ignorada? ¿Maledicente?

Solo las primeras líneas le bastaron para deducir que el mensaje que encerraban aquellos textos condensaba la pura esencia de la más alta traición.

Tenía que entrevistarse con el emperador de inmediato.

El eunuco de cabello lleno de hebras plateadas, Flavio Nasica, estaba desolado.

II

Un día después, Nasica, tras horas de lectura sin pausa, estaba preocupado.

Al penetrar en la sala privada del emperador, precedido por el maestresala, eunuco como él, Justiniano dialogaba con el *hypatos filosofon*, el cónsul de los filósofos bizantinos, como acostumbraba cada mañana.

El religioso Sósilo, un hombre de piel transparente y delgadez mística, miró al castrado con desconfianza.

Nasica lo ignoró. Era un hipócrita.

–*Adsumus!* ¡Heme aquí, serenísima majestad! –saludó al soberano humillándose en tierra y bajando la mirada.

El emperador puso mala cara y le ordenó levantarse. ¿Podría explicar el eunuco predilecto de la emperatriz fallecida el incidente de la víspera? ¿Qué revelaba tan absurda pantomima? ¿Significaba alguna traición oculta?

Unos divanes, una mesa baja hexagonal de taracea con copas y una jarra plateada, azulejos de Iznik y cortinas damasquinadas decoraban el aposento.

Nasica permaneció de pie abrazado a la enigmática bolsa que parecía proteger de cualquier mirada. Pensó que iba a ser difícil el esclarecimiento. ¿Cómo iba a exponer sin disgusto del *basileus* lo que había leído en aquellos cuatro capítulos?

–Habla y explícate, Nasica –retumbó la voz del monarca–. Esa sorprendente entrega, en momento tan doloroso, preocupó a la corte y a mí. ¿De qué se trata?

No tenía nada que ocultar, pero lo que pretendía revelar heriría los oídos imperiales y los de Sósilo, el eclesiástico confesor de la familia imperial.

–Se trata de un falsario libelo contra vuestras augustas majestades –balbució.

Sus palabras cayeron como una lápida en su tumba. Atenazado por la duda y la vacilación, el castrado no podía dar respuestas, pero sí evidencias. La verdad era palpable. Un desconocido enemigo de la corona, una vez muerta Teodora, que no hubiera dudado en despellejarlo vivo, estaba decidido a sacar a la luz una perversa y ficticia biografía del matrimonio imperial para denigrarlo. ¿Pero qué oculto poder lo protegía para obrar con tanta temeridad?

Inaudito pecado de lesa majestad, a todas luces.

Nasica temió por su seguridad. Aquel irritante asunto podía acarrearle la fulminante expulsión de palacio por creerlo partícipe de la felonía. Siguió un engorroso silencio y, abriendo la bolsa, extrajo los rollos de pergamino, que el gobernante y el eclesiástico miraron como si se tratara de un arcano inaccesible.

–Vivimos tiempos tumultuosos, augusto señor, y un enemigo de la familia regia ha tenido el atrevimiento de biografiar vuestras vidas con la tinta de la hiel más execrable, intentando infamaros –reveló trémulo–. Ignoro si esta copia es la única existente, o pronto las librerías del foro Arcadio inundarán la ciudad de estos libelos inmorales y falsos.

–No lo creo –soltó el soberano–. Le va la vida a quien lo haga.

–¡Tal vez se trate de un pagano animista, de un hereje sin alma! –dijo Sósilo.

Justiniano estaba fuera de sí. No soportaba las deslealtades.

Nasica, a pesar de la actitud desafiante del monarca, intervino de nuevo.

–Mi augusto, el anónimo autor parece conocer la vida de palacio, pero el papel utilizado, el *cursus*, y la tinta *atramentum* no pertenecen a la curia imperial. Más bien

los juzgo de un monasterio. No aparecen errores de grafía y posee un cuidado estilo.

El emperador apretó los labios.

–¿Y por qué crees que te lo entregaron a ti, Nasica?

–¿Cómo saberlo, majestad? Tal vez por mi cercanía a la augusta, que el Creador tenga en su gloria. No soy persona principal, aunque sí conocido en palacio.

–El mal ya está hecho. ¿Y qué disparates más sonados contiene? ¡Dime!

Nasica tragó saliva y las piernas le temblaron. Tenía miedo a su reacción.

–Veréis, magnificencia. En esta primera entrega de cuatro capítulos, en la que se anuncia la difusión de más, destacan los desatinos más disparatados que podáis pensar. Comienza así. Os leo: *No voy a acobardarme ante las dimensiones de mi tarea, pues confío sin duda en que mi libro no va a carecer del apoyo de testigos. Es la verdad del desgobierno de esos dos demonios llamados Justiniano y Teodora, cuya ambición, tiranía y vida lujuriosa y entregada al vicio claman al cielo.*

Retumbaron las palabras de Nasica como un aldabonazo en la noche. El agosto no se esperaba tamañas ignominias, aunque estaba acostumbrado a anónimos injuriosos. Había especulado con otro móvil, pero no de esa naturaleza.

–¡Por las espinas de Cristo! ¡Qué infamia es esa! Prosigue.

–¿Quién entre los hombres venideros podría conocer la licenciosa vida de Semíramis, o la locura de Sardanápalo y Nerón, si no hubieran dejado recuerdo de estas cosas los literatos de entonces? Por estas razones procederé a revelar cuántas infamias cometieron los augustos Justiniano y Teodora en el tiempo de su venal reinado conjunto.

–En todo gobierno se cometen excesos, pero esas bajezas son inciertas –dijo.

–En el prólogo comienza hablando de vuestra majestad. Dice: *En cuanto al carácter de ese bárbaro de Justiniano, no podría referir una descripción exacta de él, pues es un hombre perverso y voluble, malvado y necio a la vez. Es alguien que no dice la verdad a aquellos con los que habla, sino que siempre pretende confundir en todo lo que hace o dice y que al mismo tiempo se entrega sin reserva a los que pretenden engañarle. El emperador es una extraña mezcla de demencia y maldad. Ese orejas de asno es un taimado, embaucador y falsario, que posee una cólera soterrada. Es el más consumado artista para disimular su opinión, y gobernante capaz de verter lágrimas de sus súbditos, no por placer o dolor alguno, sino fingidamente para la ocasión del momento. Y redacta sin vacilar escritos en los que sin motivo alguno se ordena ocupar tierras, quemar ciudades y esclavizar a pueblos enteros.*

Nasica hizo una pausa. No se atrevía a proseguir. Justiniano bramaba.

–¡Es una burda mentira, basura! ¡Sigue, por todos los santos! –lo animó clavándole su mirada.

–Este anónimo intrigante, serenísimo César, se ha atrevido también a verter su amargor sobre la Augusta, y mis labios tiemblan al leerlo –dijo y suavizó el tono de su voz, para hacer más tenue el furor del *basileus*.

–Conozcamos el grado de traición de ese malnacido. ¡Termina ya, Nasica!

–*En cuando a la mujer con la que se casó, Teodora, a la que sus devotos llamaban Krysalis, como los gusanos que se retuercen sobre sí mismos, se arrastró desde muy pequeña de burdel en burdel, y tras engañar a todos los amantes con los que se unió, arruinó desde sus cimientos al Estado romano. Y aún es llamada por muchos súbditos el Ángel Exterminador del hipódromo. Teodora, mujer venenosa, desvergonzada, lasciva y despiadada, obedecía solo a su daimón, su demonio particular. Hembra ambiciosa, adquirió un extraordinario poder y amasó una enorme*